

ASUNTOS SOCIALES

Tras la pista de la novia para saber si será buena esposa

Los detectives españoles reciben una avalancha de peticiones de hombres a punto de casarse para descubrir qué hacen sus parejas en el tiempo libre

CRISTINA TRUJILLO

MADRID «Quien no se plantea una infidelidad es por comodidad. Descubriéndola implicaría aceptarla o volver a empezar». Esta máxima pende, imaginariamente, de las paredes del despacho de Abadía Detectives. Aprovechándose de las pulsiones y debilidades primarias, como los celos y la desconfianza, está bien pagado (60 euros la hora). Los investigadores privados lo saben y, por eso, apilan entre sus galones más preciados las resoluciones de centenares de historias de cuernos. Las namorras de Pedro, al frente de este despacho, no tienen desperdicio —cuanto más divertido se resulta a ti, más doloroso es para ellos—, emborota—. «Son cuentos de engaño y desengaño. Son reales; la gente sufre».

Esquinado el sufrimiento ajeno, Pedro se presta a un experimento y permite que lo acechemos durante unas horas. Se trata de «espigar al espía» sin revelar, por supuesto, identidades de clientes. Si el día sale flojo —dice—, «me comprometo a contarte algunos casos noticiables».

Suena el teléfono. «No, señor. No es posible descubrir quién lo llama si lo que aparece en su móvil es un número privado».

—«No sé qué le habrán dicho en otro despacho, pero le aseguro que es imposible y si le cuentan lo contrario, le están mintiendo».

Cuelga. El caso no es nada jugoso. Su ceño se frunce. Y, con voz vivaz, dice: «Lo mejor es que empezemos. No sé por dónde, pero comiencen por las presuntas infidelidades a las puertas del altar».

—¿Cómo?

—«No tienes ninguna amiga que justo antes de contraer matrimonio haya decidido mantener relaciones con otro hombre? Es relativamente común. Al menos, entre los casos que aquí barajamos». Según cuenta Pedro, cada vez son más los hombres jóvenes que, aterrados ante el fantasma de ser señalados como unos cómodos, acuden a los detectives privados para saber si sus novias serán buenas mujeres. «Antes de casarse, lo que quieren saber es qué hacen sus futuras mujeres en sus ratos libres».

—¿Que si es espionaje? Pues sí. Pero hay personas que necesitan tenerlo controlado todo. Si sus novias son carifiosas con los compañeros de

ella la que decida poner punto y final. Esta moda de «vigilar a la pareja» es más habitual entre los hombres. La insaciable ansia de control sorprende a los detectives que, si bien cuentan con la enseñanza de que la mayoría de la gente es infiel, desconocían la desconfianza prematrimonial.

El deseo de revancha. Otra etapa, quizá más complicada por el bostio, la incomunicación y la costumbre, es la que se vive a partir de los cuarenta y tantos. Aquí el ensañamiento conyugal, las ganas de pillar in fraganti y el deseo de tomarse la revancha son mayores. El sexo del cliente cambia. Son más mujeres las que reclaman los servicios de un detective, dice Pedro. «Si tuviese que elaborar un perfil, esbozaría a una féminica cercana a los cincuenta, con un estatus económico medio-alto. Ten en cuenta que esto es un artículo de lujo a título individual. No mucha gente tiene dinero para pagar una media de 500 euros al día por las tres jornadas que tardamos en demostrar que el hombre tiene un lío y que queda con la misma persona».

Nueve de cada diez casos de supuesta traición suelen ser ciertos. La alta estadística emite, casi siempre, un fallo en contra del hombre. Porque, a juicio de los expertos, «pillar a una mujer es más complicado». Los hombres, que a esas edades se pasean cómodamente en chándal por sus casas, comienzan a arreglarse; se compran perfumes, empiezan a tener reuniones de trabajo a horas intempestivas... «Las mujeres —explica el detective— son más lineales. Ellas se arreglan para comprar el pan y para quedar con hombres. Son mucho más complejas».

•Nueve de cada diez casos de infidelidad investigados por un detective privado son ciertos•

trabajo, se enfadan y pueden llegar a romper con ellas. Aunque lo de mandarlo todo al garete se da poco».

Los resultados de este tipo de investigaciones suelen ser optimos, según se mire, para el novio. Muy pocas veces se encuentra una infidelidad total. «Lo que más se ve —y se graba, según Pedro—, son besitos y carantoñas. Puede resultar molesto, pero casi nunca es decisivo para cancelar una boda».

Lo más habitual es que la experiencia se limite a eso. El cliente, una vez saciada su curiosidad, y siempre sin decir nada a la esposa en ciernes, sigue adelante con sus planes. No suele contárselo por temor a que sea



Enganchados a «la verdad»

¡Ring! «Señora, tengo su informe». «Y ¿qué ha ocurrido?». «Lo mejor es que venga. También le de entregarle el vídeo que verifica los hechos». El diálogo —ficticio, pero siguiendo fielmente lo narrado por un detective— evidencia las pautas que tienen los investigadores cuando trabajan con un cliente. Éste facilita los datos, comunica los horarios de entrada y de salida de su pareja; le cuenta qué hace habitualmente —con quién come, a qué hora llega a casa...— y, posteriormente, se dispone a aguardar con sigilo a que alguien le descubra cometiendo una infidelidad. Lo extraño llega cuando, una vez cerciorado el propio cliente de que, verdaderamente, le han puesto los cuernos, decide perdonar. Y, sorprendentemente, sigue espionando. ¿Por qué ocurre?

«Hay gente que se engancha. Muchos quedan razonablemente contentos con el trabajo y, pasados unos meses, se vuelven a telefonar para que haga algo más». La obsesión ha conducido a algunas mujeres a pagar sumas ingentes de dinero para que acompañasen a sus maridos a un viaje de trabajo o a cualquier reunión fuera de su lugar de residencia. «El resultado es siempre el mismo. No sólo no hay reunión sino que, además, está con la misma persona que aparecía en las tomas de vídeo de tres meses atrás. Llamas a la esposa, lo cuentas y ella vuelve a aceptar. Se trata de un juego. Ellas o ellos se enganchan a controlarlo todo. Al final, perdoran (casi siempre por mantener la posición económica). Pero a cambio quieren saber. Demasiado».